



# MIRADAS SOBRE BUENOS AIRES

Historia cultural  
y crítica urbana

*por*

**Adrián Gorelik**





Siglo veintiuno editores Argentina s. a.

TUCUMÁN 1621 7ª N (C1050AAG), BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310. MÉXICO, D. F.

307.76 Gorelik, Adrián

CDD Miradas sobre Buenos Aires: historia cultural y

crítica urbana, -la ed. - Buenos Aires:

Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

288 p.: il.; 21x14 cm. - (Metamorfosis / dirigida

por Carlos Altamirano)

ISBN 970-1105-93-2

1. Sociología 2. Comunidades Urbanas I. Título

Portada de Peter Tjebbes

Imagen de portada: Horacio Coppola, *Calle Suipacha esquina Diagonal Norte,*

*Avenida Presidente Roque Sáenz Peña*, 1936 (detalle).

Las fotografías de Horacio Coppola y los grabados de Félix Eléazar Rodríguez

se publican con la generosa autorización de sus autores.

© 2004, Adrián Gorelik

© 2004, Siglo XXI Editores Argentina S.A.

ISBN 987-1105-93-2

Impreso en 4sobre4 S.R.L.

José Mármol 1660, Buenos Aires,

en el mes de octubre de 2004

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Made in Argentina

## Índice

<b>Prefacio</b>	9
Primera parte	
<b>Buenos Aires en el país</b>	15
[para una historia cultural de las imaginaciones territoriales]	
<b>1. Mapas de identidad</b>	
La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo	17
Segunda parte	
<b>Buenos Aires análogas</b>	69
[para una historia cultural de las representaciones urbanas]	
<b>2. ¿Buenos Aires europea?</b>	71
Mutaciones de una identificación controvertida	
<b>3. Imágenes para una fundación mitológica</b>	95
Apuntes sobre las fotografías de Horacio Coppola	
<b>4. Miradas sobre Buenos Aires: los itinerarios urbanos del pensamiento social</b>	113
<b>5. Arqueología del porvenir</b>	141
Arte y ciudad en el fin de siglo	

<b>6. Mala época: los imaginarios de la descomposición social y urbana</b>	159
Tercera parte	
<b>Buenos Aires en la encrucijada</b>	175
[para una crítica de las políticas urbanas de la modernización conservadora]	
<b>7. Figuras urbanas</b>	177
El posmodernismo en la ciudad [diciembre de 1993]	
<b>8. La ciudad de los negocios</b>	189
[noviembre de 1994]	
<b>9. Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana</b>	207
[diciembre de 1997]	
<b>10. Para una agenda política de reformas urbanas</b>	225
[agosto de 2001]	
<b>11. El paisaje de la devastación</b>	245
[diciembre de 2002]	
<b>Posfacio</b>	
<b>Transformaciones urbanas y estudios culturales</b>	257
[para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos]	
<b>12. Imaginarios urbanos e imaginación urbana</b>	259
<b>Referencias de los textos</b>	281

## Prefacio

¿Cómo pensar una ciudad? ¿Cómo pensar Buenos Aires? Los textos aquí reunidos fueron escritos a lo largo de la década de 1990, en paralelo a un trabajo de investigación sobre una problemática y un período específicos de la historia de Buenos Aires, que dio origen en 1998 al libro *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Se trata de registros muy diferentes, especialmente por el carácter ensayístico y la voluntad de intervención política e intelectual que dominan en los textos de este nuevo libro. Sin embargo, tiendo a creer que su escritura en contrapunto estuvo motivada por el deseo de responder aquellas preguntas iniciales y la conciencia de que sólo es posible hacerlo multiplicando los enfoques, los objetos y los períodos abordados. No digo que de este modo uno llegue a dar cuenta acabada de ese Aleph que es la ciudad; digo simplemente que para llegar a pensarla es necesario ejercitarse en las tan diferentes dimensiones que componen su materialidad y su cultura multiformes a lo largo del tiempo.

## Miradas sobre Buenos Aires: los itinerarios urbanos del pensamiento social

### I. Partida

Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis.  
Jorge Luis Borges<sup>1</sup>

Convivencia incómoda de retazos de proyectos e intervenciones, la ciudad también se realiza en el tramado de las ideas que la imaginan diferente, que creyendo perseguir su realidad, contribuyen a construirla: la historia de la ciudad es la mejor confirmación de la parábola final de “La muerte y la brújula”, cuando el detective Lönnrot, después de hipotetizar la complicada trama

<sup>1</sup>Jorge Luis Borges, “La muerte y la brújula” (1944), *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1969, pp. 144-145.

que debía llevarlo a descubrir el misterio y atrapar al criminal, comprueba que ha construido una realidad autónoma del crimen en cuyas redes termina por caer él mismo atrapado. Del mismo modo hay, por lo general, una potencia prescriptiva en las aun más críticas miradas sobre la ciudad, y es indudable que tal duplicidad se vincula a rasgos estructurales de este objeto cuyos límites son evanescentes, cuya abrumadora cotidianidad involucra a la interpretación, la comprende y mimetiza: un objeto vivo, que irrealmente parece el mismo y siempre otro de sí.

Tal vez sea por esto, también, que los mejores intentos interpretativos hayan debido asumir, como posibilidad y riesgo, la figura de Lönrot, pero aquí desde otro punto de vista, en el sentido más restrictivo de la cita inicial sobre la obligación de las hipótesis: abstrayéndose momentáneamente de su destino proyectivo, la interpretación debe extrañarse de la lógica naturalizada de la realidad, violentarla, porque para poder comprender la ciudad es necesario atravesarla con hipótesis “interesantes”, es decir críticas: volver a construirla, como el detective o como el extranjero.

Aceptando, entonces, que los mejores trabajos sobre la historia de la ciudad, para poder dar cuenta de ella, han debido mirarla de nuevo como en un viaje por una ciudad desconocida, en estas notas intentaremos ver qué Buenos Aires podrían recorrerse si nos guiáramos a través de las hipótesis que la han construido como problema.

## Un paseo turístico

No sospecha el extranjero la grandeza alcanzada y la futura trascendencia histórica de Buenos Aires.

Alberto Gerchunoff, 1918

Hay un primer grupo de miradas que, esquemáticamente, podríamos llamar celebratorias: de un momento histórico de la ciudad, de su presente, de su futuro. Coinciden todas en una

visión reconciliada y en un circuito, de hechos y lugares, que no se arma muy diferente de un circuito turístico: como un manojo de postales se reúnen en el relato monumentos al progreso y arrabales pintorescos. Son narraciones que se autosometen, en toda su extensión, a la complicada pregunta sobre qué se debe “mostrar” de una ciudad.

Por lo general, estas miradas han sido matizadas por la literatura memorialista, prolífica en Buenos Aires y, en verdad, en toda ciudad con alguna historia que contar. Sin embargo, es posible encontrar esta manera de recorrer la ciudad en trabajos que no comparten la estructura casual de aquellos relatos y que han sido aportes importantes a la historiografía sobre Buenos Aires.

*Buenos Aires: los huéspedes del 20*: Francis Korn, por ejemplo, desde el mismo título de su libro ha colocado la perspectiva del viajero, acudiendo al recurso de la llegada para mostrarnos su Buenos Aires.<sup>2</sup> Korn organiza su texto en función de las diferentes perspectivas de dos tipos de viajeros muy contrastantes: el Príncipe de Gales y un puñado de inmigrantes. Con ellos arma un doble circuito que parte del mismo punto: el puerto. Desde allí recorreremos con el Príncipe la Avenida Alvear, Palermo, la plaza San Martín, vamos por la calle Florida hasta el Cabildo, rodeamos la Plaza de Mayo, volvemos por la Avenida de Mayo hasta el Congreso y de allí por Callao nuevamente a Palermo; en el trayecto, nos hemos detenido largamente en varias mansiones y palacios y hemos conocido a sus moradores, visitamos el teatro Colón, el hipódromo y la rural. Simultáneamente, a través del montaje narrativo que construye el texto, sacamos con los inmigrantes un boleto de ida y vuelta en tranvía: vamos “del puerto al conventillo y [...] del conventillo al barrio”, pero sólo para regresar, porque “del barrio se pasa a *la ciudad*”.<sup>3</sup> Uno es un viaje sincrónico por la ciudad moderna y elegante, y el otro, un viaje diacrónico por

<sup>2</sup> Francis Korn, *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, (Sudamericana, 1974), Buenos Aires, GEL, 1989.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 174 (destacado nuestro).

la expansión de Buenos Aires, pero ambos se vuelven a reunir en el destino: es la historia de la integración social y urbana en la ciudad del progreso. Y en un “Paréntesis” del doble viaje, el exotismo de mendigos, prostitutas, mujeres célebres o célebres anarquistas, sirve para condimentar la “salsa espesa” de una ciudad armónica y en vías de rápida homogeneización, ascenso social mediante.

Un recorrido similar al que han realizado tradicionalmente los fotógrafos de Buenos Aires para retratar, con una estética amable, el éxito de sucesivas modernizaciones en los edificios, en los parques y en “la multiplicidad rumorosa de sus calles” —como señalaba Córdova Iturburu sobre la ciudad de 1960—, donde sus gentes “sin distinción de condiciones y de clases, trabajan con intensidad sostenida, se divierten en las limpias formas propias de un pueblo de inmejorable salud física y mental y viven su vida de relación, sobre todo los jóvenes, de acuerdo a módulos acentuada y progresivamente libres”.<sup>4</sup>

## Esquivando avenidas

Tenemos una ciudad seccionada en dos partes: la ciudad del norte y la ciudad del sur; la ciudad de los barrios ricos y la de los barrios pobres; las calles bien iluminadas y las calles sin luz; la ciudad higiénica y la ciudad que recibe tardíamente los beneficios de la limpieza pública.

Mario Bravo, 1917<sup>5</sup>

Contra esas miradas que dieron forma a la ciudad del progreso, históricamente se levantaron las denuncias que han construido la ciudad del conflicto. Conflicto que por lo general encontró

<sup>4</sup> Sameer Makarius, *Buenos Aires y su gente*, Buenos Aires, Fabril, 1960, s/n (introducción de Córdova Iturburu).

<sup>5</sup> Mario Bravo, *La ciudad libre*, Buenos Aires, Ferro y Gnoatto, 1917, pp. 17-18.

localización en el enfrentamiento que describía Bravo en 1917: el sur y el norte.

Si bien no es este el conflicto exclusivo que enfocó la sociología urbana en sus miradas a la historia de la Buenos Aires moderna, es evidente que está al menos en la base de los conflictos más elaborados con que fue construyendo su imagen de ciudad. Ante todo porque, de esas denuncias, la sociología urbana toma una forma de recorrer la ciudad que traiciona las lecturas modernizadoras, atravesándola en el sentido en que no fue concebida, violentando el esquema concéntrico para denunciar su carácter ideológico, para iluminar todo aquello que quedó en sus márgenes e intersticios. Estas miradas nos proponen un viaje transversal, accidentado, que cruza avenidas, vías ferroviarias, barrancas, zonas anegadizas; una carrera de obstáculos que busca poner en evidencia una ciudad segmentada e injusta, que busca obligarnos a revivir los otros obstáculos, los que enfrentaron los sectores populares en su propia carrera tras un ascenso económico que no habría sido más que una ficción de control social.

En un artículo ya clásico sobre las políticas de vivienda en Buenos Aires, Oscar Yujnovsky ha construido uno de los prototipos de esa mirada.<sup>6</sup> El concepto de vivienda se liga allí al de ciudad, ya que las ciudades “son concebidas como los aparatos mayores de consumo colectivo de servicios habitacionales”. Si el “factor principal” del desarrollo urbano de Buenos Aires en su modernización fue “la posibilidad (para los sectores dominantes) de obtener grandes beneficios mediante la apropiación de la renta urbana y de los excedentes creados por las inversiones del capital comercial y financiero”, en el análisis de la vivienda se trataría de realizar una triple denuncia: contra la “minoría de sectores propietarios que utilizó su poder del Estado”, contra las condiciones inhumanas

<sup>6</sup> Oscar Yujnovsky, “Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914”, *Desarrollo Económico* n° 54, Buenos Aires, julio-septiembre 1975.

de habitación de los sectores populares en el ciclo completo del conventillo a la vivienda suburbana, y contra la segregación espacial resultante de un proceso de modernización excluyente. Así como Buenos Aires necesitó mirar a París para “embelecerse”, la sociología urbana devuelve la mirada aplicando aquí las críticas engelsianas a la modernización parisina y al reformismo higienista. Igual que allí y en definitiva, de acuerdo con esta hipótesis, igual que en todas partes, “la ciudad reflejó en su ecología, por el proceso de segregación, la estructura de clases sociales”.<sup>7</sup>

## II. Primer trasbordo

Cuando en algún lugar de la Tierra se produce un cambio brusco e importante, las interpretaciones posibles de ese cambio siempre incluyen por lo menos una leyenda negra y una alegre.

Francis Korn y Lidia de la Torre, 1985<sup>8</sup>

Estas miradas contrastantes ¿son en verdad “leyendas” enfrentadas, es decir visiones ideológicas divergentes sobre un proceso en cuya descripción sin embargo podrían coincidir? Es significativo que Korn y De la Torre lo hayan postulado en 1985 en polémica con el trabajo de Yujnovsky de 1974 que mencionamos: las autoras discuten vehementemente con la idea, presente en aquel artículo y en buena parte de los análisis del período, de que en la Buenos Aires de la modernización “todo fue un problema”, y a ella le oponen la versión de un éxito sin fisuras. Y si la existencia del libro de Korn de 1974, en el que ya sostenía en esencia las mismas posiciones, le da a este artículo el carácter un tanto anacrónico de toda reacción a destiempo, su

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 328, 330, 332 y 370.

<sup>8</sup> Francis Korn y Lidia de la Torre, “La vivienda en Buenos Aires 1887-1914”, *Desarrollo Económico* n° 98, Buenos Aires, julio-septiembre 1985, p. 247.

escritura once años después no deja de señalar algunas cosas importantes. Por lo menos dos: que los primeros años setenta fueron un momento de intensa producción sobre la historia de la ciudad con la que todavía se debe hacer cuentas, y que esa producción, pese a la ausencia de debate explícito, no sólo no fue homogénea, sino que construyó Buenos Aires completamente contrastantes.<sup>9</sup>

Tal vez sea el hecho de que ambos artículos se produjeron y publicaron en la misma institución y en la misma revista —Instituto Di Tella y *Desarrollo Económico*— lo que destaca el carácter de ajuste de cuentas en un marco de cambios en el clima de ideas: Korn señala en Yujnovsky el origen de una mirada largo tiempo hegemónica, pero es evidente que lo hace desde una nueva legitimidad obtenida para su propia perspectiva. Las hipótesis sobre la constitución de la sociedad porteña como un todo integrado en un proceso sin conflictos, que Korn defiende en su posición, fueron vinculadas en general a los trabajos pioneros de Gino Germani; en verdad, hoy podemos ver cuánto más tienen que ver con la lectura neoclásica de la historia económica con que Díaz Alejandro anunciaba en 1970 el posterior auge neoliberal.<sup>10</sup> Por el contrario, es un libro como *Hacer la América*, de Juan Marsal, lo que podría leerse como la contracara germaniana del neoliberalismo: para Marsal la integración es un dato de partida, pero lejos de servir para el festejo, tal constatación obliga a examinar los aspectos más

<sup>9</sup> En efecto, la de Korn-de la Torre contra Yujnovsky es la única polémica que se puede encontrar que haga explícita la existencia de visiones diferentes de la historia de la ciudad. Lo curioso es que los tópicos que atraviesan estas visiones han generado polémicas encendidas en otras zonas de la historiografía: integración/segregación social; éxito/fracaso del modelo del 80; existencia o no de conflicto social; políticas de estado; etcétera. En cambio, los pocos intentos recientes de revisión historiográfica sobre la ciudad tienden a resaltar—una vez separadas las aguas con el memorialismo— la complementariedad de los enfoques.

<sup>10</sup> Cfr. Carlos Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.



traumáticos del *melting pot*, sus costos o, lisa y llanamente, la exclusión que existe en sus márgenes.<sup>11</sup>

Del mismo modo, podría sostenerse que —pese a que en su texto parecen irreconocibles—, la perspectiva de Yujnovsky no puede entenderse por fuera de las posiciones pioneras de la planificación desarrollista y las teorías de la modernización cepalinas. Y si, para *su* Buenos Aires, Korn desemboca en la versión de la historia tradicional desde la revalorización neoliberal de la etapa de “crecimiento hacia afuera” que se formuló en contraposición con esas teorías de la modernización, se trata de ver, entonces, cómo desde ellas se llegó a construir la otra Buenos Aires, segregada, que marcó hasta la actualidad tantos enfoques.

El no muy prestigiado período de los primeros años setenta es un verdadero nudo en la historiografía sobre Buenos Aires: punto de llegada y de partida, trasbordo, el puñado de estudios que entonces aparece fue el primero que se constituyó por fuera de la literatura memorialista, de las visiones operativas y de la narrativa ensayística. Y no sólo sigue siendo el corpus básico sobre el tema, sino que ya contiene desplegado el abanico de posiciones aún vigentes sobre lo que la ciudad fue y sobre cómo debe ser estudiada.

Pero, por añadidura, este es un corpus que no puede ser entendido por fuera del que se estaba elaborando en esos mismos años sobre “la ciudad latinoamericana”: ese era, en realidad, el marco general en el que trataba de pensarse a Buenos Aires como *caso*. Y, por supuesto, el tramado de este universo mayor para los estudios urbanos también podría concebirse como un viaje: el que el conjunto de la reflexión sobre la ciudad realizó durante la década de 1960, de ida y de vuelta, por Latinoamérica.

<sup>11</sup>Juan Marsal, *Hacer la América*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1969.

## Buenos Aires también es América. Ida

El único remedio contra una gran ciudad única es hacer un gran país, un país a su medida.

Bernardo Canal Feijóo, 1951<sup>12</sup>

Al menos en las ideas sobre la ciudad, no se ha precisado aún qué significados múltiples asumió el clima modernizador de los años sesenta y cuán arraigado podía estar en tradiciones no siempre confluyentes. El descubrimiento de que Buenos Aires también era América (descubrimiento del nuevo lugar en que el peronismo había instalado a la ciudad y a la sociedad, pero que pudo ser hecho, para quienes se alegraron con él tanto como para quienes lo repudiaron, sólo después de su caída) carga, en su relación con la modernización, una gran ambigüedad. Aunque desde entonces el peronismo fue pensado como parte de las peculiaridades argentinas, en verdad en su momento vino a cancelar lo que sí había sido vivido como la gran excepcionalidad que contrastaba a Buenos Aires con Latinoamérica y la alineaba con Nueva York: la casi excluyente presencia de inmigración de ultramar. El peronismo, en tanto le puso nombre y aliento a un fenómeno abierto con anterioridad, vino a igualarse a esa “masa oscura” en la que “los pretextos locales de diversidad se desvanecen”:<sup>13</sup> por primera vez en la historia, la idea de modernización en Buenos Aires tuvo que ver —siguiendo con Canal Feijóo— con la irrupción “imprevista y nunca deseada” de la otredad latinoamericana. Tema que aparece en todos sus matices en las lecturas que se hacen de “la villa miseria”: podría decirse que, a partir de 1955, la villa se convierte en la entrada inevitable al problema de la ciudad.

<sup>12</sup> Bernardo Canal Feijóo, *Teoría de la ciudad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, p. 163.

<sup>13</sup>*Ibidem*, p. 206.

Algunos de esos matices pueden verse en dos obras de fines de los cincuenta: *Villa Miseria también es América*, de Bernardo Verbitsky, y *Buenos Aires*, un corto de David José Kohon.<sup>14</sup> En ambas se trata el problema de las “dos ciudades”. En la novela, el problema se presenta por omisión: la acción transcurre por completo en la villa, mientras que la “otra” ciudad aparece sólo en la percepción de los protagonistas: es mirada por ellos “como un gran nublado que amenaza tempestad, que en una sola de sus ráfagas podía dispersar todas las viviendas”; o aparece mirándolos como “una ciudadela enemiga, y a la vez un reducto de criminales”.<sup>15</sup> En el film, en cambio, es en la propia estructura narrativa donde se asienta el conflicto dual: la película alterna una a una secuencias de la ciudad moderna, acentuada su tensión por medio de encuadres expresionistas y música de jazz, y secuencias de la villa, imponente en una quietud cuyo dramatismo se registra sobriamente, a la manera neorrealista. Pero si en ambas se presupone el dualismo, las relaciones de cada obra con él son diferentes.

La posición de Kohon aparece en toda su complejidad sobre el final del film: lo que comenzó como un esquema de simple contrapunto va tejiendo una trama en la duración de un día de la vida de tres habitantes de la villa. Son una obrera textil, un metalúrgico y un cartero a quienes vemos cómo incluye el ritmo febril de la ciudad y su estética: en su transcurso cotidiano por la ciudad, los tres se van mezclando con máquinas que trabajan con ruedas y engranajes en la vorágine de la producción, con pasos veloces, con gente, con automóviles, con manos recibiendo cartas. Finalmente, los tres vuelven a sus casas y al llegar a la villa desde la ciudad, en primerísimos planos que nos muestran una a una sus caras oscuras hablando a cá-

<sup>14</sup> Bernardo Verbitsky, *Villa Miseria también es América*, Buenos Aires, Kraft, 1957 y David José Kohon, *Buenos Aires*, cortometraje con fotografía de Ricardo Aronovich, Buenos Aires, 1958.

<sup>15</sup> Bernardo Verbitsky, *op. cit.*, p. 69.

mara, dicen los únicos parlamentos del film: “Sí señor, yo vivo aquí”. Como fondo de la revelación, se alternan secuencias de un pintor que blanquea un muro tapando consignas políticas que apenas llegamos a ver: el dualismo para Kohon es doble, entre la villa y la ciudad y entre la realidad y la política.

Mientras que en la contundencia del “yo vivo aquí” de los villeros de Kohon se perfila no ya la denuncia, sino la constatación de quiénes son los que ponen en funcionamiento la máquina urbana, de quiénes son los verdaderos hacedores de su modernidad, la villa de Verbitsky no anuda sus relaciones con la ciudad. Y es que la advertencia del escritor tiene otro objeto: para él, la villa es una incrustación de América en una cultura extraña. Sin embargo, y a diferencia de lo que han interpretado las múltiples lecturas posteriores de la novela, en su denuncia de las condiciones de esa América no hay reivindicación: los valores que sostiene son los de la modernidad que le son ajenos y que deberían extender su influencia secularizadora desde la metrópoli indiferente.<sup>16</sup> Los héroes de la novela son extremadamente conscientes de esa carencia y no intentan sino superarla por medio de un moralismo didáctico, luchando contra la anomia que resulta de la segregación y la desidia. Pero, a la vez que propone su transformación, en la descripción minuciosa y solidaria de la vida en la villa que hace la novela es inocultable la fascinación que este nuevo mundo le produce.

<sup>16</sup> “Al Paraguay de este siglo, es como si no le hubiera llegado la Revolución Francesa. [...] —Tampoco a Villa Miseria— completó Fabián”, p. 170. Es evidente que Verbitsky culpa al peronismo por este retraso, pero simultáneamente no puede dejar de reconocerle que se lo haya hecho visible: el *alter ego* del novelista en la villa, “el espantapájaros” (militante, estudiante universitario), advierte la existencia de las villas cuando es abandonado moribundo en una de ellas por la policía peronista que lo había secuestrado y torturado, lo que le da un sentido nuevo a su vida, de revelación y consagración. Esta combinación de autorreferencialidad y ficción mística —su capacidad además de metaforizar la relación de la izquierda con el peronismo posterior al año 55— hacen del espantapájaros el único personaje complejo e interesante de la novela.

Inversamente, el film de Kohon se asienta en la crítica de esa modernización denunciando la gran ficción en la que se monta una ciudad que, necesitando el concurso de los sectores excluidos de sus beneficios, niega de plano cualquier conceptualización de la marginalidad. Pero, con un movimiento simétrico al de Verbitsky, la estética de la velocidad, del intercambio, de la trastocación de los valores tradicionales, ocupan en el film el lugar de la fascinación. Fascinación por la modernización que podrá marchar por un tiempo junto a la fascinación por la *otredad*, en la medida en que ambas resuelvan el problema planteado por Martínez Estrada (“hemos hecho una gran ciudad porque no supimos hacer una gran nación”) a través de la propuesta de Canal Feijóo: aquello que es un sector de Buenos Aires debe ser todo Buenos Aires, hacerse uno con el país y, por ende, con Latinoamérica. Una propuesta de expansión de la modernización —para extender sus beneficios o la potencialidad de sus conflictos— que aplicará las fórmulas del estructural-funcionalismo, panamericanizadas por las ciencias sociales desde los años cincuenta: las relaciones centro/periferia implican en la estructura de la sociedad y de la economía de los países latinoamericanos un dualismo tradicional/moderno que debe resolverse en la universalización deliberada del sector modernizador.

## Vuelta

La función integradora y el valor simbólico de Brasilia para el Brasil, el impacto geopolítico de la carretera de la selva en el Perú, las grandes rutas que unen el interior del Paraguay y Bolivia con los puertos del Brasil y de la Argentina, la ruta Panamericana, los grandes proyectos hidroeléctricos en todas partes, la concepción regional de Venezuela afirmando la vigencia de un nuevo y gran polo de desarrollo en su Guayana, demuestran que América Latina está avanzando hacia sus propias

fronteras. Y nuevos centros de vida y un esquema de urbanización complementario al existente sin duda surgirán como expresión de una nueva América Latina que se desprenda de los límites del pasado y busque en la idea de integración la expresión de su modernización.

Jorge Enrique Hardoy, 1965

En el desarrollo del sistema capitalista no es posible pensar que los grupos opresores y oprimidos coincidan en los objetivos y en los alcances de las políticas nacionales de urbanización, ni en proyectos de sociedad futura de los cuales los procesos de reforma agraria y urbana forman parte.

Jorge E. Hardoy y Oscar Moreno, 1974

Así que si el pasaje de ida a Latinoamérica se sacó en la villa, la guía del recorrido por los lugares y los problemas fue norteamericana. Y el regreso será con escala en Cuba: la pérdida de confianza en el desarrollo se acompañó de la pérdida de confianza en la ciudad para promover el cambio y en el estado capitalista para planificarlo.

El recorrido completo puede seguirse a lo largo del arco tensado entre una y otra frase de Jorge Enrique Hardoy.<sup>17</sup> Su desarrollo puede verse en los encuentros y simposios en los que los planificadores y sociólogos de la región se fueron constituyendo como tales, en diálogo con sus pares norteamericanos con la mediación de organismos internacionales.<sup>18</sup> A

<sup>17</sup> Jorge Enrique Hardoy, “El rol de la urbanización en la modernización de América Latina” (Cornell University, 1965), *Las ciudades en América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1972, p. 44; y Jorge Enrique Hardoy y Oscar Moreno, “Tendencias y alternativas de la reforma urbana”, *Desarrollo Económico* n° 52, Buenos Aires, enero-mayo 1974, p. 647.

<sup>18</sup> Por ejemplo, desde el seminario sobre problemas de urbanización en América Latina, patrocinado conjuntamente por la ONU, la CEPAL y la UNESCO en Santiago de Chile en 1959 —que sigue a los seminarios análogos sobre la urbanización en África y en Asia y el Lejano Oriente (véase Philip Hauser (relator),

partir de la certeza de que la ciudad era una gigantesca fábrica de hombres modernos, punto final del continuo rural-urbano que debía promoverse, en un primer momento se formaliza una gran cuestión: ¿cómo acelerar la urbanización sin exacerbar los problemas que vienen asociados con el crecimiento urbano?; y una gran esperanza: si “el desarrollo de la urbanización en los países más avanzados se hizo en forma no querida, regulada tan solo por las fuerzas espontáneas del mercado”, lo que redundó en un “elevado precio en sufrimiento humano”, en los países en desarrollo “una planificación inteligente y previsorá” podría evitarlo.<sup>19</sup> América Latina aparecía ante la mirada del mundo occidental como el lugar donde pudiera llevarse adelante una verdadera modernización evitando los costos que los países desarrollados venían descubriendo desde la posguerra. Solo se necesitaba relevar los problemas y formular las preguntas, capacitar a los técnicos y estudiar las respuestas apropiadas, para asentar sobre esa base sólida —científica— los planes con que los gobiernos esperaban actuar.

En este momento inicial del recorrido panamericano se produce un primer traspaso de confianzas: de la historia y la sociología (donde respectivamente se buscaban las razones para

*La urbanización en América Latina*, UNESCO, 1961)—, hasta el simposio “El papel de la modernización en América Latina” organizado por la Cornell University en Ithaca en 1965 (véase Glenn Beyer (comp), *La explosión urbana en América Latina*, Aguilar, 1970); y a partir de 1966 en los simposios “El proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días” realizados bianualmente en coincidencia con los congresos internacionales de americanistas. Gino Germani tiene importancia decisiva en el primer tramo, y en el segundo, Jorge Enrique Hardoy junto a figuras como Richard Schaedel y Richard Morse. En todo este proceso es clave una organización como la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP) y su *Revista Interamericana de Planificación*, así como el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) que Hardoy forma en la Universidad de Buenos Aires en 1965 (después del cierre de un centro similar que había creado en la Universidad de Rosario) y que a partir de 1967 funciona en el Instituto Di Tella.

<sup>19</sup>Philip Hauser, *op. cit.*

interpretar un presente que se quería cambiar y los instrumentos para hacer posible ese cambio) a la planificación: del *conocimiento* a la *acción*. La estructura narrativa del Plan es la de una doble reconciliación por medio de la técnica: entre el pasado y el futuro y entre la sociedad y el Estado. En el medio está el técnico, el planificador “como una especie de partera que atiende el nacimiento del proceso ecológico o como un Prometeo que crea de nuevo”.<sup>20</sup> Se comprende entonces que el segundo momento de este recorrido, hacia fines de la década de 1960, surja de una decepción: el descubrimiento de que “las clases y grupos que presumiblemente deberían estar interesados en el desarrollo, el cambio, la democratización, la modernización y la autonomía externa —señalaba Kaplan en 1970—, parecerían carecer hasta hoy de la madurez, la organicidad, el dinamismo y la voluntad para imponer las transformaciones estructurales requeridas”.<sup>21</sup>

Luego de haberse reunido con todos los saberes —y en ese gesto nacen y se consolidan las ciencias sociales en Latinoamérica—, el técnico no encuentra interlocutores, no solo porque en varios países se hubiera pasado entretanto de democracias a dictaduras, sino fundamentalmente porque en ese pasaje se había puesto en evidencia el verdadero rostro del poder. Y ahí es cuando se cambia la propuesta de acción técnica por la crítica: así los técnicos aspirarían a colaborar con la otra acción, popular, masiva, la única que aparece entonces como válida. Podría decirse que de este cambio nace la sociología urbana como crítica a la ideología del Plan.

Es obvio que esto que llamo regreso vía Cuba se vincula al profundo cambio de paradigmas desde las teorías del desarrollo a las teorías de la dependencia, desde el estructural-funcionalismo

<sup>20</sup> Richard Morse, *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos* (se compone de dos artículos, uno de 1965 y el otro de 1971), Buenos Aires, SIAP, 1971, pp. 152.

<sup>21</sup> Marcos Kaplan, “Prólogo” (1970) a J. E. Hardoy, *op. cit.*, p. 19.

hasta el estructuralismo a secas. Sin embargo, aquí conviene destacar cómo la estructura narrativa que venía de la planificación logra mantenerse en esencia: detrás de la sofisticación teórica de la sociología, la propuesta sigue siendo la de una reconciliación en tiempo futuro, pero ya no está la técnica en el medio, sino la Revolución.

El fracaso de la reforma en Chile y el éxito de la experiencia cubana —donde se estaba materializando la propuesta descentralizadora de matriz anglosajona que latía en la planificación progresista latinoamericana—, es decir, el contraste entre los resultados de los dos grandes laboratorios de la planificación en la década de 1960, venía a probar que los errores no habían sido técnicos, sino políticos: de ahí en más, ser planificador fue convertirse en propagandista en foros internacionales de una planificación imposible, o en crítico de las estructuras y, consiguientemente, del reformismo que había pretendido cambiarlas a través del saber técnico. El equívoco de las miradas de la sociología urbana sobre la ciudad latinoamericana de los primeros años setenta es el de una crítica radical al Estado que nace desde el despecho de otra disciplina, la planificación, que no puede imaginarse sin él.

### III. Segundo trasbordo

No se podría entender nuestra historia actual [...] sin tomar en cuenta el desarrollo de [las] relaciones de dependencia desde una perspectiva de largo alcance en el pasado.  
Aníbal Quijano, 1967<sup>22</sup>

El tránsito de la planificación a la sociología urbana fue también el tránsito de las presunciones de futuro a las lecturas históricas propiamente dichas: nuevamente como auxiliar,

<sup>22</sup> Aníbal Quijano, “La urbanización de la sociedad en Latinoamérica”. *Revista Mexicana de Sociología*, año XXIX, n° 4, México, octubre-diciembre de 1967, p. 685.

aunque esta vez del proyecto más ambicioso de la época, la historia de la ciudad aparece como el ámbito privilegiado donde construir una sociología de la dependencia.

Ese es, con todas sus implicancias, el pasaje que hace Yujnovsky de *La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano*, en 1971, a los sucesivos análisis sobre las políticas de vivienda en diferentes períodos históricos, desde 1974 en adelante. Es decir, el doble regreso de Latinoamérica a Buenos Aires y del presente a la historia, señalando el camino a una multiplicidad de enfoques sociológico-históricos que se asentarían sobre su crítica al estado.

Aquí aparece uno de los tópicos que traza relaciones entre las Buenos Aires opuestas que vimos al comienzo. Ya que es evidente que tanto el estructuralismo como el neoliberalismo encuentran un soporte idéntico en esa crítica. Pero se trata de Estados bien diferentes: en un caso, el Estado es el instrumento de las “iniciativas políticas de las clases dominantes”,<sup>23</sup> por lo tanto no hay mayores diferencias en cuanto a períodos históricos y se lo debe desenmascarar *in toto*; en el otro caso, en cambio, es el *Estado de Bienestar* lo que se critica, por lo tanto es el ejemplo del proceso de modernización anterior a 1930 lo que interesa reivindicar como contraste.

Pero si este es el punto en cuanto al Estado, ¿de qué se hablaba en los años setenta cuando se hablaba de modernización? Aquí lo más interesante tal vez sea constatar otro aspecto de esta llegada a la historia: en su crítica a la modernización capitalista, la sociología urbana no hace sino reencontrarse con viejas convicciones de la urbanística con las que previamente había intentado romper la planificación. Ya en el Estudio del Plan de Buenos Aires (EPBA), dirigido a fines de los años cuarenta por dos miembros fundamentales de la vanguardia arquitectónica de entonces, Jorge Ferrari Hardoy y Juan Kurchan, estaba presente la ambigüedad de

<sup>23</sup> Manuel Castells, “Clase, Estado y marginalidad urbana”, introducción a *Estructura de clases y política urbana en América Latina*, Buenos Aires, S1AP, 1974, p. 11.

una propuesta modernizadora que surgía, sin embargo, de una evaluación de la historia nacional en clave revisionista (los asesores del EPBA en historia fueron Rodolfo Puiggrós y Eduardo Asteasano) y de la historia de la ciudad en la clave organicista de las críticas de Lewis Mumford a la modernización. Así, en el EPBA, el dualismo se explica en que el desarrollo económico, social y cultural de Buenos Aires estuvo “comandado desde afuera”, y en que la “revolución industrial” había roto el equilibrio de la ciudad tradicional. Significativamente, esta perspectiva de una modernización reconstitutiva, orgánica, “en procura de una imperiosa necesidad de orden urbano que restablezca el equilibrio”, fue gestada en el peronismo pero se difundió en 1956, fue base de diagnóstico en el Plan Regulador de 1958-64 y se coronó en el Plan de Renovación de la Zona Sur, dirigido por Juan Kurchan en 1970 durante la intendencia de Montero Ruiz, que reunió un plantel de asesores en el que figuraba buena parte de los ya críticos planificadores latinoamericanistas (como Marcos Kaplan y varios miembros del CEUR, Centro de Estudios Urbanos y Regionales).<sup>24</sup> En fin: la *entente* planificación/sociología urbana tiene en su base esta confluencia de

<sup>24</sup> La cita es de Eduardo Sarrailh en “Evolución del Gran Buenos Aires en el tiempo y en el espacio”, *Revista de Arquitectura* n° 376/377, Sociedad Central de Arquitectos, Buenos Aires, 1956. El Estudio del Plan de Buenos Aires (EPBA) lo formaron en 1948, en la Municipalidad, Ferrari Hardoy y Kurchan, integrantes del grupo Austral que marcó las coordenadas de la arquitectura de vanguardia en los años cuarenta. Fue el intento de llevar adelante durante el peronismo el Plan que ambos habían realizado en París con Le Corbusier en 1938, en base a los bocetos de su visita de 1929. Podría decirse que la narración histórica del EPBA fue la primera narración histórica sobre la evolución física de Buenos Aires que impactó en forma determinante en la cultura arquitectónica contemporánea. La influencia en el equipo de arquitectos del regionalismo descentralizador de Lewis Mumford es explícita, y se articula con las premisas corbusieranas en un reparto en el que la ideología urbanística responde al primero y las propuestas arquitectónicas al segundo. El diagnóstico del EPBA se publicó con el título de “Evolución del Gran Buenos Aires en el tiempo y en el espacio” como separata especial de la *Revista de Arquitectura* en 1956, después de exponerse en Gath y Chaves, en noviembre de 1955, junto a pinturas y esculturas del grupo de Arte Concreto. El Plan Regulador de 1958-64 lo dirigió Sarrailh, que había sido el encargado de publicar el trabajo del EPBA dos años antes y, a partir de entonces, se instala como continuador de su legado.

revisionismo y culturalismo y se resuelve ideológicamente a través de una de las *bêtes noires* de ambas: la cultura arquitectónica.<sup>25</sup>

Qué Estado y qué modernización: es desde esta perspectiva que la primera mitad de la década de 1970 aparece como campo de cruce. Y es desde esa constatación múltiple que pueden emerger con mayor claridad ciertas características de una de las Buenos Aires más inteligentes y más complejas que se construyeron en esos años y hasta la actualidad, la de James Scobie.<sup>26</sup> El gesto de Scobie es intentar una gran síntesis entre todas aquellas tradiciones disciplinares e ideológicas divergentes, compromiso que soluciona encontrándole a cada una un lugar en la historia: su Buenos Aires es la historia de un parteaguas, cuyos antes y después se explican con los instrumentos respectivos de cada una de las tradiciones que reúne. La Buenos Aires de 1890 a 1910 es la que conocimos con Korn: “del centro a los barrios” propone desde el título Scobie como recorrido análogo. La entrada por el puerto le sirve en la narración para vislumbrar los tres ejes, sur, oeste y norte, desde cuyo centro la ciudad se despliega por la vía regia de una “modernización en tranvía”.<sup>27</sup> Pero este *viaje* de la *ciudad del progreso* solo se habría podido realizar, para Scobie, luego de gravísimos conflictos estructurales en los que, a lo largo de la década de 1880, las ideas de

<sup>25</sup> Aquí es importante hacer una distinción terminológica entre “urbanística”, con que se solía designar a la actividad de proyecto urbano vinculado a la tradición arquitectónica (la tradición del “planeamiento físico”), y “planificación”, con que se designaban el diagnóstico y la prospectiva de la ciudad y el territorio como prácticas vinculadas a la tradición sociológica. En este sentido, la planificación era fuertemente crítica de los límites de la urbanística, su espacialidad, su formalismo, su ausencia de cientificidad; pero, como demuestra paradigmáticamente el Plan de la Zona Sur, quizás el intento más ambicioso por analizar la ciudad con los más avanzados procedimientos de la “ciencia urbana y regional”, la impotencia del diagnóstico se traducía en el dominio completo del proyecto por los arquitectos.

<sup>26</sup> James Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios* (Oxford, 1974), Buenos Aires, Solar, 1977.

<sup>27</sup> Le debo la frase a Beatriz Sarlo. En el análisis de Scobie tomo los elementos de la crítica que desarrollamos con Graciela Silvestri en “Imágenes al sur. Sobre las hipótesis de James Scobie para el desarrollo de Buenos Aires”, *Anales* 27/28, IAA, Buenos Aires, 1992.

modernización se impondrían sobre alternativas “nacionales” de desarrollo a costa de una “malsana dependencia”. Del año 90 en adelante, Scobie nos presenta la sociedad que describe el neoliberalismo —con su “uso óptimo de factores”— y la ciudad que construyó la historia tradicional: concéntrica, con fuertes ejes que expanden linealmente los valores del centro progresista desde el espacio público Plaza de Mayo-Congreso hasta la intimidad de la casa propia en el barrio popular. Antes del año 90, en cambio, encuentra un cúmulo de conflictos que interpreta como fuertes segregaciones en términos estructurales, y una modernización que lee como catástrofe ecológica, económica y social.

Simétricamente, entonces, este gran intento de síntesis nos sirve para ver cómo las potencialidades de fines de los cincuenta se encuentran por completo desplegadas a principios de los setenta: la denuncia del dualismo y la fascinación por la modernidad que se entrelazaban en Kohon encuentran sus lugares respectivos en la sociología urbana y en la historia social; y la modernización restitutiva que proponía Verbitsky se realiza en el organicismo del Plan. Sólo resta su fascinación populista: hará falta un último movimiento crítico desde dentro de la sociología urbana para que se vea colmada.

## La ciudad como bastión enemigo

Quizás en el presente, en nuestra época especializada, neopositivista [de análisis intelectual burocratizado, frío empirismo, 'desarrollo' mecanicista, corporativismo y categorías marxistas, de un discurso científico desprovisto de humor y de una despiadada escisión de los hechos y las fantasías], debemos delegar a novelistas y poetas la responsabilidad de dar una visión imaginativa [...] de las ciudades y de la sociedad.

Richard Morse, 1976<sup>28</sup>

<sup>28</sup> “Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)” (VI Simposio sobre la urbanización en América Latina, París, 1976), Hardoy, Morse y Schaedel (comps), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Buenos Aires, SIAP, 1978, p. 112.

“Está llegando el momento en que el científico social ocupará el puesto que ocupaba el literato”: contra esta certeza de Norman Mailer, en la que se apoyó buena parte de las ciencias sociales en los años sesenta, se recorta la frase de Morse.<sup>29</sup> Pero, sobre todo, se recorta contra las lecturas tecnocráticas de la ciudad: el pasaje discursivo de la reforma a la revolución no sólo había mantenido incólume las propuestas técnicas, sino que favoreció su institucionalización. Como ha sido lúcidamente señalado por Carlos Real de Azúa, a comienzos de la década de 1970 el fuerte carácter ideológico se combina con la extrema tecnificación, la crítica radical, con la burocratización, de modo tal que el debate “pierde su sello disidente y político-cultural y se oficializa e institucionaliza en los grandes cuerpos de deliberación y ejecución mundiales”.<sup>30</sup>

La reacción de Morse proviene, en primera instancia, de descubrir el contraste entre la sensibilidad para captar los fenómenos urbanos y sociales de los literatos y ensayistas “pre-científicos”, y el esquematismo cientificista de sus compañeros de ruta, en quienes la “interdisciplina” aparecía como remedo de aquella sensibilidad y, sobre todo, como un mito en el que se delegaba la responsabilidad frente al conocimiento. Así, en uno de los estados de la cuestión más exhaustivos que se hayan realizado sobre los estudios urbanos, Morse contrapuso a las estadísticas de los economistas las iluminaciones de ensayistas que anticiparon sus temas.<sup>31</sup> Y aunque en ese trabajo su preocupación fuese, todavía, brindar claves a la planificación para complejizarla culturalmente, ya era evidente que su presentación de los problemas la llevaría a caminos sin salida.

No se trata solo de virulencia contra el saber técnico: el otro tema que caracterizará la obra futura de Morse ya está

<sup>29</sup> Norman Mailer, citado por Juan Marsal, *op. cit.* p. 429.

<sup>30</sup> Carlos Real de Azúa, “Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo”, Leopoldo Zea (comp), *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI-UNESCO, 1986, p. 297.

<sup>31</sup> Richard Morse, *op. cit.*

presente en el envés de la positividad de su diálogo con la planificación. Es la inversión de certezas que desde dentro mismo de la sociología urbana generará la más radical ruptura con la teoría de la modernización: América latina no sería el lugar del cambio, sino un refugio de los valores que el mundo occidental ha perdido o bien no ha tenido nunca. Es el tema que Morse va a desarrollar en sus análisis comparativos de los mundos latino y sajón, y que va a completar con su deslumbramiento por el carnaval carioca, pero que en 1965 ya está presente en la crítica a la modernización liberal: en el análisis que hace de Santiago de Chile, el problema de la ciudad contemporánea derivaría de las transformaciones rigidizantes y monumentales que había sufrido la traza hispana por la imposición del modelo de Haussmann. Y mientras que las élites dirigentes habrían seguido pensando en esos mismos términos haussmannianos, “centralizados y monolíticos”, dilapidando la herencia colonial, Morse afirma que “no es exagerado afirmar que la tradición municipal española se encuentra vigorosamente perpetuada actualmente en las invasiones de usurpadores, que pueden recrear todos los ingredientes de la fundación de una ciudad por los conquistadores”.<sup>32</sup>

A pesar de su refinamiento cultural y de su crítica despiadada, que lo distingue del populismo naíf de la “cultura de la pobreza” —y que en el marco de la bibliografía sobre la ciudad del período lo destaca como un intelectual entre funcionarios—, en Morse la historia va a ser el instrumento para identificar una edad dorada y a los sujetos que en la actualidad podrían ser portadores de su vitalidad revulsiva.

Desde su rebelión literaria, Morse anticipa en la sociología urbana una inversión ideológica análoga a la que realizaban los teóricos de la *dependencia cultural*: del análisis de la *cultura de la pobreza* como instrumento de adaptación de los migrantes a la ciudad, de la sociedad tradicional a la moderna, a la instaura-

<sup>32</sup> Richard Morse, art. cit. (artículo de 1965), p. 52.

ción de esa cultura como valor, como cultura *otra* capaz de ofrecer una alternativa global a los valores burgueses de la civilización occidental. La identificación final de la ciudad como bastión de estos valores y de las clases medias urbanas como sujeto contrarrevolucionario por excelencia completa el ciclo abierto por la decepción modernizadora: llevar hasta las últimas consecuencias la enseñanza cubana es aceptar que la revolución vendría del campo. Alianza de revolución y campo que en los estudios sobre la historia de la ciudad realizaba la fascinación populista que ya veíamos en Verbitsky y que, a principios de los setenta, venía a sintonizar también con otros registros de un clima cultural antiurbano: “toma el tren hacia el sur”, convocaba Spinetta al éxodo juvenil.

### Fronteras culturales

Florida no resistirá con los años el avance de esas legiones que se incuban en los barrios-frontera.

Ezequiel Martínez Estrada<sup>33</sup>

Pero en esos mismos años se desarrolla otra rebelión literaria contra los análisis urbanos que va a plantear una alternativa drástica al destino que Morse les prefiguraba: de “Buenos Aires: una historia” de 1972 a *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* de 1976, José Luis Romero recorre el camino inverso de las ciencias sociales, porque va de Buenos Aires a Latinoamérica y porque, lejos de aquella huida de la ciudad, va a conducir a su revalorización en términos culturales.<sup>34</sup>

Su último título vuelve literal este gesto. Como Morse, Romero recelaba de las ciencias sociales en tanto “su rigor me-

<sup>33</sup> Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (1933), Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 209.

<sup>34</sup> “Buenos Aires: una historia”, *Historia Integral Argentina*, vol. 7, Buenos Aires, CEAL, 1972; *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.



todológico enmascaraba una cierta pobreza cultural”; pero su modalidad elude la polémica abierta y le hace adoptar una deliberada marginalidad.<sup>35</sup> Como Morse, prefería las fuentes literarias a las estadísticas, porque para Romero la realidad “es opaca y sólo libera sombras cuando se la interroga desde un saber y una intuición articulados en las modulaciones propias del lenguaje poético”;<sup>36</sup> pero no da nunca el paso de convertir ese saber en un bumerán antiintelectual. En cada capítulo de *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, se deja entrever un esquema casi clásico, que va de la economía a la cultura, pero no porque en la primera resida una estructura determinante, sino porque concibe a la última como el punto de llegada desde donde los elementos de una sociedad compleja pueden emerger.<sup>37</sup>

Pero me interesa subrayar que esta lectura de la ciudad latinoamericana puede seleccionar otros temas que los planteados por la agenda de investigación, también porque está presidida por una mirada sobre Buenos Aires que reorganiza las hipótesis predominantes. Si a la mirada de la historia tradicional se le opuso la del conflicto estructural, Romero va a oponer un conflicto diverso, porque su centro es cultural y porque el eje sobre el que transcurre no es el norte-sur, sino el este-oeste: el de Martínez Estrada, quien alertaba contra “los efectos de una fascinación de estilo monumental” para quien entrara a la ciudad por el puerto, y contra la confusión de la dialéctica norte-sur (“uno es rico y el otro pobre, como sucede en el seno de

<sup>35</sup> Tulio Halperin Donghi, “José Luis Romero y su lugar en la historiografía”, *Desarrollo Económico* n° 78, Buenos Aires, julio-septiembre 1980, p. 255.

<sup>36</sup> Adolfo Prieto, “Martínez Estrada, el interlocutor posible”. *Boletín del Instituto Ravignani* 1, Buenos Aires, primer semestre de 1989, p. 132.

<sup>37</sup> Escribió Oscar Terán: “Historia de la cultura e historia integral confunden así sus nominaciones, aunque quizás habría que concluir que esa historia podía imaginarse como integral porque se ha colocado en la cultura el aspecto central de la comprensión del pasado y, sobre todo, del diagnóstico de la crisis que se está viviendo”; *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 40.

cualquier familia”) con “el antagonismo leal, frontal, abierto” del este y el oeste.<sup>38</sup>

Es la idea de ciudad como frontera cultural lo que Romero toma de Martínez Estrada, no su denuncia contra la megalopolización que el Plan había leído en su implicancia organicista y la sociología urbana traducido como el problema de la “primacía”: la Buenos Aires de Romero es la del conflicto entre los barrios-frontera y Florida. A diferencia del Sebrelí de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, no va a festejar en ese conflicto “la destrucción de aquella otra ciudad [...] donde la bohemia pequeñoburguesa podía darse el lujo de sentir las exquisitas angustias de una suntuosa soledad”.<sup>39</sup> Romero prefiere situarse en el límite endeble y ver “entrecruzarse mil sutiles hilos entre las dos culturas, que confluyeron por crear una trama común”.<sup>40</sup> Pero si su simpatía por la pujanza de las culturas nuevas, populares y marginales sobre la tradicional, no conlleva el desdén populista contra uno de los productos por excelencia de esa mezcla, la clase media, al mismo tiempo es lo que impide que su idea de integración derive, como en la versión neoliberal, en la extensión lineal de los valores dominantes.

Para recorrer la Buenos Aires de Romero se debe adoptar la estrategia del equilibrista: el lugar que define la riqueza de la ciudad es un tenue límite que la cruza como un arroyo, separando lo culto de lo popular, lo viejo de lo nuevo, construyéndolo; un límite siempre cambiante que redefine una y otra vez, en sus atravesamientos, la idea de lo público. Contra el auge dado al tema de la vivienda por la sociología urbana y la historia social, Romero ve la ciudad en lo público, en las calles: en este sentido —y más allá de coincidir o no con sus opiniones— es que adopta la perspectiva de ensayistas como Martínez Estrada, Canal Feijóo o el mismo Sebrelí.

<sup>38</sup> Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliath* (1940). Buenos Aires, CEAL, 1981, t.1, pp. 72 y 79.

<sup>39</sup> Juan José Sebrelí, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), Buenos Aires, Siglo Veinte, 1979, p. 88.

<sup>40</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 105.

Con los cuentos de Kordon o los poemas de Tuñón, y con buena parte del cine argentino de los sesenta (*Breve cielo* de Kohon, *Los de la mesa diez* de Feldman) coincide en la preocupación por localizar en lo público el conflicto de los márgenes: para Romero, toda la ciudad construye su cultura por estertores, a través de los impulsos que provienen de esas ollas a presión de mezcla continua que el historiador solo localizará guiado por la astucia de Toribio Sánchez y la sensibilidad de Juancito Caminador. La ciudad de las fronteras culturales es una ciudad plural, donde la idea de integración no es una certeza tranquilizadora sino una apuesta riesgosa a la productividad de la diferencia.

#### IV. Final sin llegada

¿Podemos contar de nuevo la ciudad? ¿Puede haber historias en nuestras urbes dominadas por la desconexión, la atomización y la insignificancia?

Néstor García Canclini<sup>41</sup>

No parece difícil establecer las deudas que la historiografía posterior trazó con esas miradas sobre Buenos Aires construidas en los primeros años setenta. Es evidente que la mayor productividad vino de inspiraciones como la de Romero, pero también que la exigüidad de sus sugerencias y la disolución de la ciudad en mero escenario del cruce cultural vuelve limitada su utilización sin mediaciones. No menos evidente es que la mirada neoliberal pasó a formar parte obligada de toda historia oficial y que las premisas de la sociología urbana fueron filtradas por buena parte de la historia de la arquitectura en un populismo minimalista; del mismo modo, el antiestatalismo en el que estas dos visiones opuestas coinciden confluyó en una acepción mercadocrática de la producción de la ciudad. Pero tal vez lo más importante

<sup>41</sup> Néstor García Canclini, "México 2000: ciudad sin mapa. Desurbanización, patrimonio y cultura electrónica", México, mimeo, 1990, p. 24.

sea notar el obstáculo que ha implicado la inexistencia de debate explícito sobre los trabajos de los años setenta: en un momento como el actual, en el que los paradigmas sobre los que esos modelos opuestos de ciudad se apoyaban entraron en crisis, esta ausencia impidió construir nuevas miradas globales sobre la historia de Buenos Aires. Lo más frecuente ha sido el uso indiferenciado de las existentes, en el que se han presentado la pereza teórica y el oportunismo ideológico como una saludable heterodoxia *à la page*, y en el que, principalmente, aquellas miradas se han naturalizado convirtiéndose en fuentes primarias que informarían objetiva y complementariamente sobre la historia de la ciudad.

Esto presupone volver al punto de partida, replanteando la relación entre pasado y presente: si la historia de la ciudad en el siglo XX no puede sino ser la historia de sus sucesivas modernizaciones y de las ideas que de ellas tuvo la sociedad, ¿qué historia habría que construir desde este estallido en el que Buenos Aires ha roto aparentemente todos los lazos con sus más firmes convicciones de ciudad moderna? Son tan evidentes en las historias de los años setenta las respuestas diversas a un proceso de modernización en curso, como la influencia que sobre él tuvieron esas mismas respuestas: ¿o acaso no es en la positivización de la idea de segregación donde se deben afincar las nuevas técnicas urbanísticas del "diseño por partes"; o en la historia neoliberal donde se busca justificar las reconstrucciones imposibles de los esplendores del pasado, o en el revisionismo maniqueo la "renovación" de la zona sur, o en el populismo negro la aceptación cínica de la fragmentación social?

¿Cómo pensar las fronteras en una ciudad estallada? ¿Cómo recorrerla sin el paradigma de la modernización? ¿Cómo replantear lo público en el marco de esta expulsión social inédita? Desde estas y otras preguntas, por ahora postergadas, tal vez puedan elaborarse nuevas miradas sobre la historia de Buenos Aires que logren lo que toda buena historia ha logrado sin proponérselo: cuestionar el presente, porque no se puede comprender lo que no se quiere transformar.